

LAS VEGAS EN EL "AMERICAN DREAM"

Román Gubern

UNA de las experiencias estéticas más estimulantes que se ofrece al visitante de los Estados Unidos —no inferior a la proporcionada por el puente de Brooklyn, el cañón del Colorado (que no está en Colorado, sino en Arizona) o el otoño en New Hampshire— es la llegada a Las Vegas por aire. Después de sobrevolar los extensos desiertos rocosos y rojizos de Arizona y Nevada, de suelo estéril y agrietado, el turista descubre, de pronto, con sorpresa un enclave verde y brillante que se abre literalmente como un oasis artificial, arrebatado por arquitectos e ingenieros al áspero y seco desierto de Nevada. Es el Edén del siglo XX, el paraíso del juego: Las Vegas.

Los atlas americanos señalan que Las Vegas es una ciudad con 124.161 habitantes. Ignoro de qué modo los demógrafos han realizado este cálculo, pues la noción geopolítica de «población flotante» me parece insuficiente para caracterizar el especialísimo fenómeno de Las Vegas, lugar de paso fugaz para tejanos curtidos con sombrero de ala ancha, industriales barrigudos del Este y ancianas pintarrajeadas con perfil de halcón (también alguna dactilógrafa en su primer vuelo, aunque son las menos), que combaten tozudamente su tedio nocturno y otoñal sobre los tapetes verdes de la ciudad. Desde el piso veintitrés de Las Vegas Hilton, en donde escribo este artículo, se

aprecia bien, casi como en una vista aérea, la exótica atipicidad urbana de Las Vegas. Como Los Angeles, Las Vegas es una ciudad (¿hay que llamarla así?) diseñada para ciudadanos que han sustituido definitivamente las piernas por las ruedas del automóvil. Las autopistas han sustituido en consecuencia a las calles, las aceras han quedado reducidas a su mínima expresión y los rótulos urbanos han sido desplazados por los macrorrótulos para tráfico de gran velocidad. Robert Venturi ha escrito algunas observaciones inteligentes, a veces un poco frívolas, sobre estas peculiaridades de Las Vegas, acaso la primera ciudad del mundo construida para el nuevo «hombre rodado» nacido de la civilización del automóvil. No voy a repetir lo que Venturi ya ha escrito —que es hoy uno de los caballos de batalla en las polémicas arquitectónicas de este país—, sino darle la razón en lo que atañe a la estricta funcionalidad del diseño de Las Vegas, en donde el carácter asignificante o hiposignificante de los edificios ha sido remediado (o devorado) por las macroestructuras luminicas de neón dominando las autopistas. Queda por discutir, en cambio, la cuestión moral, que en este caso tal vez no sea barina de otro costal.

Si Las Vegas es una prueba irrefutable de la eficiencia tecnológica norteamericana —la ciudad que se alza desafiante en el

desierto (como Phoenix, en el vecino Arizona) y con soluciones semiológicas muy originales y avanzadas—, vale la pena decir dos palabras sobre su significado social. Con sus 482.000 habitantes, Nevada posee uno de los suelos más depauperados y estériles de toda la Unión. Sin petróleo, sin minería, sin industrias de transformación, sin ganadería ni agricultura, Nevada ha desarrollado las más gigantescas estructuras de la industria del ocio y del hedonismo que recuerda la Humanidad desde los días ya un poco lejanos y poco autenticados de Sodoma y Gomorra. En las grandes ciudades europeas, la especialización hedonista suele polarizarse en barrios concretos —Pigalle, en París; el Soho, en Londres; San Pauli, en Hamburgo—, pero es infrecuente encontrar ciudades íntegramente desarrolladas a partir del principio lúdico, y acaso el arcaico Montecarlo, con su tufillo de naftalina, sea la única excepción relevante a esta regla. Nevada, en cambio, a pesar de su españolísimo nombre, ha inventado dos ciudades íntegramente especializadas en actividades lúdico-paganas: Las Vegas, para el juego, y Reno (junto a la frontera de California y con 72.000 habitantes), para los divorcios, que en este país es otra forma de juego interpersonal. Nevada no puede ofrecer otras riquezas al país, pero el país parece aceptar de buen grado su especialización lúdica,

perfeccionada sin cesar, pues desde 1971 se ha convertido en el primer Estado norteamericano que ha legalizado la industria de la prostitución.

Examinada en el contexto nacional, la función geosocial de Las Vegas recuerda intensamente la que cumplían los oasis saharianos en la era de los caravaneos beduinos, con la notable salvedad de que los oasis saharianos estaban allí donde la Naturaleza los puso, y el hombre es hoy capaz de construir sus oasis allí donde le dé la gana. Las Vegas es una consecuencia transparente del principio de especialización y de división de funciones y parece razonable admitir que en la organización social moderna ciertas áreas geográficas se especialicen en minería, agricultura o comercio y, por lo tanto, otras también en actividades industriales lúdicas, como nuestra Costa Brava (se me ocurre que Playa de Aro es urbanísticamente una mala caricatura de Las Vegas) o como las zonas veraniegas junto al mar Negro, en la Unión Soviética. A partir de tal especialización social —que, como es bien sabido, es una de las fuentes de la alienación— se entiende mejor el aura mágica y fascinante que irradia Las Vegas a lo largo y a lo ancho del país.

Para desplazarme a Las Vegas tomé el avión en Chicago, que es una de las ciudades más feas del



país y con algunos de los edificios más bellos del país. El tránsito de las obras maestras de Sullivan, de Mies van der Rohe y de Frank Lloyd Wright al kitsch majestuoso de Las Vegas señala una de las rutas más significativas, y tal vez premonitorias, de la historia de la arquitectura en la era del neocapitalismo. Me sorprendió ingenuamente el clima de excitación que reinaba entre los pasajeros al subir al aparato y antes de que el «jet» hubiese dejado atrás los cielos de Illinois el avión se había convertido en un minicasino, con las barajas ordenando sus montoncitos de billetes sobre las mesitas que habitualmente se utilizan para depositar las bandejas de la comida. Entonces comprendí que el viaje a Las Vegas es un rito nacional comparable al viaje a través del tiempo, a la búsqueda de una Babilonia perdida y que la ingeniería norteamericana ha hecho realidad en pleno desierto, para goce y solaz de granjeros, industriales y obreros de cuello blanco con dinero suficiente para comprar una parcela en el paraíso. Así entendida, Las Vegas es una pieza capital en el complejo del American Dream, que ofrece el estimulante desafío de la aventura (la posibilidad de ganar y el riesgo de perder) a una clase media descendente de aventureros, pero que se ha quedado ya sin aventuras personales. Y la aventura hoy

puede comprarse. Pero para estos ciudadanos entre cuarenta y ochenta años la aventura sexual no resulta ya prioritaria, y son muy pocos los «night-clubs» y casinos de Las Vegas que ofrecen espectáculos que puedan encuadrarse en la categoría *sexy*. Hay, eso sí, algunas capillas abiertas día y noche, engalanadas de blanco, para quienes sientan de pronto unas prisas irrimediables en contraer matrimonio. Es este un fenómeno que nunca he comprendido muy bien y se me antoja que la clientela de estas capillitas nupciales deban ser las mecanógrafas jovencitas y los hacendados tejanos maduros que, de pronto y a altas horas de la madrugada, han disparado irresistibles dardos concupiscentes por encima, o por debajo, de una mesa de juego. Las gentes de la costa Este, en materia de sexo, se comportan de un modo más europeo. O más decadente. Pero, como decía antes, el sexo no es un elemento relevante en Las Vegas, aunque la fruición de los juegos de azar produzca unas descargas neuronales y adrenalinicas que, a mi modo de ver, tienen mucho que ver con el placer erótico, del que probablemente son un sucedáneo social.

El juego es el gran protagonista de Las Vegas, y nada más llegar al hotel el cliente recibe, junto con la llave de su habitación, unos «tickets» de keno, que es

una variante del juego de lotería. El «hall» tradicional del hotel ha sido reemplazado aquí por el ágora-casino, que funciona bulliciosamente durante veinticuatro horas consecutivas. En uno de los más famosos casinos (el Circus, que aparece en el film de James Bond *Diamonds are forever*), gentiles trapezistas se columpiaban sobre las cabezas de los jugadores atareados, que apenas tienen tiempo o interés para alzar la mirada a la cúpula, mientras un elefante baila en una pista circense elevada. Naturalmente, cuando se vive en el paréntesis geográfico-histórico de Las Vegas no existe guerra en Vietnam, ni conflictos raciales, ni congelación de precios y salarios, ni revaluación del dólar, ni desempleo, ni elecciones presidenciales en puertas. Creo que el concepto hegeliano-marxista de «alienación» resulta insuficiente para describir el sueño colectivo de Las Vegas. Aquí el mundo ya no es mundo y, como en el lapso de un orgasmo, el reloj del tiempo histórico se ha detenido en la Babilonia mítica o en el Edén recuperado, que se parece muy poco al tipificado en las fantasías devotas del buen Milton. El principio del placer, tan caro a Freud, ha derrotado provisionalmente en Las Vegas al principio de realidad y sería aleccionador estudiar la textura onírica de su complejo urbanístico a través de un análisis de nom-

bres de sus hoteles y casinos: viajes a países exóticos (Hotel Sahara, Morocco, Aladino), al fasto de las cortes (Royal, Imperial), o a fenómenos mítico-naturales (Thunderbird, Stardust, que significa «polvo de estrellas»), etcétera. Las Vegas ofrece un mundo imaginario a hechura de las fantasías de Walt Disney, sólo que para ciudadanos adultos. Las leyes de Nevada prohíben a los menores de veintiún años pisar las zonas de juego, pero les permiten pasearse en torno a ellas, contemplando cómo sus papás o sus mamás venden sus almas (o sus cuentas corrientes) al imperio de Howard Hughes, un multimillonario de actualidad y propietario monopolista del complejo turístico de Las Vegas. Hughes es, sin duda, un comerciante inteligente, pues los precios de los servicios en la ciudad no son excesivamente altos, en relación con los del resto del país, ya que sus ganancias fabulosas nacen en realidad de las máquinas tragaperras, de las ruletas y de las mesas de póquer. Es decir, del dinero hecho en sí mismo mercancía del azar, como piqueta última de la filosofía y de la praxis del sistema capitalista, del que Las Vegas es uno de sus más resplandecientes espejos, alzado orgullosamente en un páramo desierto que recuerda, ¿por qué no?, las zonas más castigadas del doliente Tercer Mundo. ■ R. G.